

niño da rienda suelta a su personalidad: el humorismo. En las cortas piezas recopiladas en «Teatro Infantil», diálogos, situaciones, intenciones y alusiones se gobiernan por un buen humor limpio y directo, que por instantes asume la entonación de las clásicas farsas castellanas e itálicas, con su prosopopeya ingenua y burlesca, donde la crítica de las flaquezas humanas rezuman picardía antes que censura punzadora. Ni deja de faltar el parlamento de agudeza trascendentalista, que envuelve un planteo del problema de la personalidad humana a la manera de Pirandello, como este:

«*Borombón*.—Déjame la capa. No te pesará.

*Escapino*.—Ciertamente, si me la quitas, dejará de pesarme. Pero la capa es casi todo yo. Es mi aspecto. Todos me conocen por ella. Nadie me ha visto por dentro. Abandonarla, ¡nunca!

*Borombón*.—Si nadie te conoce sin ella, yendo sin ella te creerán cuanto digas, como a hombre nuevo».

Ni tampoco deja de haber algún error sobre un personaje de existencia real, como el de creer negro al que es blanco y excelente bailarín de film Fred Astaire.

En una palabra: la obra de Blanca Dalla Torre Vicuña demuestra sus vigorosas condiciones de educadora verdadera, es decir, de artista de la educación, porque ésta, sin el sentimiento profundo del arte, es fría e inhumana pedagogía.—MARCOS FINGERIT.

<https://doi.org/10.29393/At143-115CPDS10115>

DIARIO DE MI SENTIMIENTO, por *Alberto Hidalgo*.—Talleres Gráficos Excelsior. Buenos Aires, 1937.

Libros hay que, doblada la última página, nos dejan la impresión de haber conocido a un gran escritor, a un gran artífice de esa cosa falsa que es el arte, y un sabor a técnica sabia, a

bien logrado y tenaz aprendizaje, nos aprieta los labios en fatiga.

Este libro macizo de Alberto Hidalgo, que alzará puños airados y diatribas enconosas, nos deja ver a un hombre cabal, alegre y satisfecho de ser un hombre que también está seguro de ser un gran escritor.

Individuos e ideas nos disparan en este Diario del poeta peruano. Certero el trazo que los fija, vigoroso el estilo, caliente de sinceridad la visión que enfoca y desarrolla, es tarea bien difícil juzgarle en una nota apresurada que sólo quiere informar al lector del libro que aparece.

Pero habremos de ceñirnos al método que el propio Hidalgo recomienda como el más apropiado para hacer la crítica de una obra: el de la transcripción. Y elegiremos lo que nos parece de más actualidad en el comercio espiritual de la hora.

«La estruendosa adjetivación con que se ha recibido a García Lorca, es la más acabada prueba de la ternura que aquí se siente por todo lo extranjero. Somos así los criollos; bailamos siempre al compás de lo que nos llega. En estos países, la guerra de los xenófobos y los xenófilos está ganada por los segundos. Forasteridad y perfección son sinónimos en el diccionario de los americanos. Es por esto que el adjetivo más breve sonado para García Lorca es el de «grande». ¿Es García Lorca un gran poeta? No le acortemos tampoco los méritos, pero digamos sí que en América hay por lo menos una docena de hombres que tienen la misma medida del poeta español y, sin embargo, a éstos se les mezquinan los adjetivos. En intensidad de valores, García Lorca puede compararse con toda exactitud con el uruguayo Fernán Silva Valdés. Ambos son poetas de entonación muy chica, pero de éxito muy grande, porque ambos han entrado en la poesía con estrategia: Silva Valdés tuvo la viveza de aplicar los procedimientos ultraístas a los temas locales y así fundó la «criolledá»; García Lorca tuvo la viveza de aplicar esos mismos procedimientos ultraístas a los temas locales de su país y

así hizo el cante jondo, la copla andaluza de entonación moderna. Es decir, que los dos tuvieron el sentido de lo brillante, de lo alborotador. Las persons a quienes el deslumbramiento de lo directo les nubla el juicio, son por ellos conquistados. Sus pasiones las provocan entre las inteligencias superficiales. Recuerdo, por ejemplo, haber leído un artículo en que se proclama como el primer poeta de América a Silva Valdés, y no es siquiera el décimo. En España ha de haber muchos aficionados a lo fácil, que a García Lorca concedan esa jerarquía dentro de su territorio; pero en España hay algunos poetas de mayor altura. Ni Silva Valdés, ni García Lorca son grandes poetas, entre otras cosas, porque uno y otro ignoran el misterio, y sólo es gran poeta el que vive de él. Desde luego, el español tiene sobre el uruguayo el sentido de la palabra. Hay poemas suyos vacíos de trascendencia o con una emoción chabacana que, sin embargo, se llevan toda la admiración del lector. Como en las «jitanjáforas», pudiera García Lorca emocionar sin decir nada, porque sabe jugar con las palabras, ha nacido con la gracia de ellas».

No es este el sitio para discutir si es justo o equivocado lo que Hidalgo afirma sobre el poeta granadino. Pero el lector apreciará la claridad de su pensamiento y la serena actitud de su juicio.

Ahora que en Chile se publica en todos los tonos la necesidad de empalmar el arte a las luchas sociales y económicas, nos parece útil copiar la opinión de Hidalgo.

«El arte no sirve sino para hacer arte. Cada vez que se le amalgama, queda reducido a muy poca cosa. No se hagan poemas políticos, si se aspira a subsistir como poeta, porque los conceptos políticos mudan constantemente, y en el arte hay que buscar lo inmutable, lo que nunca deja de ser, como, por ejemplo, los sentimientos. El caso de Luis Aragón, jefe de la escuela superrealista es simplemente patético. Cuando Aragón no era comunista, era uno de los más grandes escritores de Francia; cuanto ha escrito después en prédica de las ideas marxistas,

puede firmarlo y hacerlo cualquier albañil que habla de sus «derechos». La belleza está del todo ausente de su expresión. Lo mismo digo, claro está, de quien hace poemas en difusión del fascio. Ténganse las ideas políticas que se quiera o se juzgue más nobles, pero téngaselas al margen de la literatura. Al arte no lo contaminemos. Como los ingredientes de la ensalada, los suyos no podrán juntarse nunca, por mucho que se los sacuda».

Complácenos especialmente el párrafo transcrito, porque en muchas notas de esta revista—y en una que aparece en el número de abril último, sin ir más lejos—algo dijimos que está en absoluta concordancia con la opinión del poeta peruano; ¡y vaya si es estar en buena compañía!

Hay en este Diario de Alberto Hidalgo unas páginas sobre Sánchez Cerro, el militarote asaltante de la Presidencia de la República en el Perú, que han de quedar entre la mejor prosa condenatoria que se ha escrito en América. Un latigazo, cada frase, la efigie del mulato está ahí para siempre.

Libro editado en Buenos Aires, ciudad en la que desde hace años reside el autor, tiene una belleza de presentación que no es común en las ediciones de América. En la portada, está reproducido un retrato al óleo de Alberto Hidalgo, obra del gran pintor Pettoruti, que es todo un acierto.—C. P. S.